

bao: «Llegaremos nueve mañana», por ejemplo. A esa hora no llegaba ningún tren, y Adolfo, alto funcionario de la oficina de recepción, después de revolver todos los horarios, decidió arriesgarse a esperar el tren de la siete treinta —sigo amarrado a eso de «por ejemplo»—, único en que, con arreglo a la lógica geográfica, podían llegar las chicas astorganas. Efectivamente: a las siete y treinta en punto entraba en Bilbao las tropas comandadas por Charo Vega.

—Pero ¿cómo anunciásteis vuestra llegada para las nueve?

—¡Ah, sí!, es que calculamos también el retraso.

Encontré un trabajo que reducía mis charlas sobre el viaje anterior a pura lectura, y de ese modo un sosegado ánimo vino a sustituir la inquietud que me agitó.

Repasé mis notas en el puente por la mañana temprano. Se veía un arco iris estupendo. Miravalle, que estaba a punto de terminar su cuarto, me asesoró:

—«Arco iris temprano, o tempestad o aguacero».

—Bueno, con tal que se suspenda mi charla, me abono.

Pero no cayó la breva. Pasadas las cinco me vi sentado a la derecha de Mercedes, mientras todas las chicas formaban un semicírculo frente a nosotros. Poco más o menos, estaban situadas como para el coro. Tuve la tentación de dirigir cualquier cosita regional. Pero antes de que pudiese tomar la iniciativa, Mercedes me puso en suerte. Y, poco más o menos, así les conté la verdadera y alegre historia del primer viaje de los Coros y Danzas de la Sección Femenina por tierras de América:

«Barajas-Villa Cisneros-Natal-Montevideo.

Comprendo que resulta hasta ridículo, pero no hay más remedio que contarlo. Hago

un esfuerzo para dominarme —palabra— y me pongo a recordar que en el cuatrimotor de la Iberia viajaban dos ancianos de ochenta años y cuatro crios entre los cinco abriles y los seis meses, y entonces pienso que las carcajadas de quienes lean este pequeño relato van a rebotar de sed las encinas de El Pardo hasta los «palos borrachos» de la avenida de Alvear, al otro lado. En Buenos Aires. La gente toma el avión como el tranvía; han dado la vuelta al mundo por el celeste camino las más acobardadas viejecitas, y yo, plomo de mí, empeñado en contar cómo volé desde Barajas a Morón. Pero si se piensa que al mismo tiempo que ocurre todo esto, un museo argentino, el de Luján, conserva el *Plus Ultra* de Franco, Ruiz de Alda y Rada, me parece que no es aventurado ponerse a considerar —como en una terca jota— el salto prodigioso de veinte años, ese vago «lo que va de ayer a hoy», lo que va de la intrepidez de tres hombres a la comodidad de cuarenta y cinco caballeros que a la prisa le conceden el urgente deleite del turismo.

A las ocho de la mañana de un día de abril, llegamos a Barajas, Lula de Lara, Vicky Eiroa y yo. Lula y Vicky marchaban a Buenos Aires como vanguardia de los Coros y Danzas, dispuestas a pelear con empresarios, periodistas y representantes.

Cuatro horas después hicimos nuestra primera escala en Villa Cisneros. Los oficiales de la guarnición esperaban al paso del DC-4 con aquel alegre espíritu a que los veraneantes recurren para atisbar un momento el paso del expreso por Las Navas.

Saltar el Atlántico es bastante más cómodo que llegar a Cercedilla un domingo. Y, desde luego, Natal —a las dos de la mañana— es más caluroso y más pintoresco que Cercedilla.